



Universitat  
Complutense  
Biblioteca  
Alcalá

# La Saga de los Forsyte

El Propietario ✂ El Veranillo de San Martín  
de un Forsyte ✂ En los Tribunales ✂  
Despertar ✂ Se Alquila

John Galsworthy

*Traducción de Susana Carral*



No me sorprendería si dentro de unos años tuviese dificultades con ella, pero entonces ya seré mayor y tendré hijos. Cerraré los ojos. Yo ya he vivido mi gran pasión, la de ella está aún por venir y no creo que sea yo quien la provoque. Le ofrezco mucho y no espero gran cosa a cambio, excepto hijos o, por lo menos, un hijo. Pero de una cosa estoy seguro, ¡Annette tiene mucho sentido común!».

Y si el curioso, insaciable, hubiese continuado preguntando: «¿Entonces no busca usted en este matrimonio la unión espiritual?», Soames habría sonreído de medio lado y habría contestado: «Eso depende. Si logro satisfacer mis sentidos, perpetuarme a mí mismo y disfrutar en mi casa de buen gusto y buen humor, es cuanto puedo pedir a mi edad. No es probable que me salga de ese camino persiguiendo un sentimentalismo rebuscado. Después de lo cual, el curioso con un mínimo de educación dejaría de hacer preguntas.

La reina Victoria había muerto y el aire de la ciudad más grande del mundo estaba empañado de gris por las lágrimas no vertidas. Con su abrigo de piel y su sombrero de copa, a su lado Annette, envuelta en pieles oscuras, Soames cruzó Park Lane la mañana del cortejo fúnebre, hacia la barandilla de Hyde Park. Aunque los actos públicos solían causarle muy poca emoción, aquel acontecimiento sumamente simbólico, aquella conclusión de un período largo y rico, lo tenía impresionado. En 1837, cuando la reina Victoria subió al trono, *Por encima de Dorset* todavía edificaba casas que afeaban Londres, y James, un mozalbete de veintiséis años, empezaba a echar los cimientos de su carrera jurídica. Aún rodaban las diligencias, los hombres usaban chorreras, se afeitaban el labio superior y comían las ostras directamente de los barriles, los lacayos de librea viajaban en la parte de atrás de los carruajes, las mujeres exclamaban con afectación y no poseían bienes, en el país había buena educación y pocilgas para los indigentes, se ahorcaba a los pobres diablos por cometer delitos de poca monta y Dickens empezaba a escribir. Casi habían transcurrido dos generaciones desde entonces, con sus vapores, ferrocarriles, telégrafos, bicicletas, luz eléctrica, teléfonos y ahora aquellos modernos automóviles, con tanta riqueza acumulada que el ocho por ciento se había convertido en el tres y los forsyte podían contarse por milés. Los valores habían cambiado, las costumbres también, los hombres se habían convertido en primos del mono, Dios se había transformado en el becerro de oro, tan respetable como para engañarse a sí mismo. Sesenta y cuatro años que habían favorecido a la propiedad y habían formado la alta burguesía, la habían apuntalado, cincelado, pulido, hasta que casi fue imposible distinguirla de la nobleza por sus modales, su moral, su lenguaje, su aspecto, su indumentaria, sus costumbres y su espíritu. Una época que había bañado en oro la libertad individual hasta el punto de que si un hombre tenía dinero, era libre legalmente y de hecho y, si no lo tenía, era libre legalmente, pero no de hecho. Una época que había canonizado la hipocresía hasta el extremo de que parecer respetable era serlo. Una gran época, a cuya influencia transformadora nada había escapado, excepto la naturaleza del hombre y la del universo.

Y para presenciar la desaparición de esa época, Londres —su favorita, su capricho— hacía que sus ciudadanos entrasen en masa por todas las puertas de Hyde Park, centro del victorianismo, feliz coto de caza del forsyte. Bajo el cielo gris, que de momento no lloviznaba, se congregaba la oscura concurrencia para presenciar el espectáculo. La «querida y anciana» reina, cargada de años y de virtudes, había salido de su reclusión por última vez para que en Londres fuese día de fiesta. Acudían las gentes en tropel al trayecto que poco después recorrería la muerte con pompa y esplendor sombríos, y venían de Houndsditch, Acton, Ealing, Hampstead, Islington y Bethnal Green; de Hackney, Hornsey, Leytonstone, Battersea y Fulham; y de aquellos verdes pastos donde prosperan los forsytes: Mayfair y Kensington, St. James's y Belgravia, Bayswater y Chelsea y Regent's Park. Nunca más reinaría una soberana tanto tiempo, ni el pueblo tendría ocasión de ver enterrar tanta historia. ¡Lástima que la guerra se prolongara y que no pudieran depositar sobre el féretro la corona de laurel de la victoria! Todo lo demás estaría allí para seguirla y honrarla: los soldados, los marinos, los príncipes extranjeros, los banderines a media asta, el doblar de las campanas y, sobre todo, la enorme multitud en movimiento y vestida de oscuro, que quizá, aquí y allá, sentía verdadera pena en lo más profundo de sus corazones, bajo el luto impuesto por las normas. Después de todo, más que una reina, iba al descanso eterno una mujer que había encarado las penas y había vivido bien y sabiamente, de acuerdo con sus propias luces.

Confundido entre la multitud, junto a la barandilla, con Annette del brazo, Soames esperaba. ¡Sí! ¡Aquella época desaparecía! Con el sindicalismo y los laboristas en la Cámara de los Comunes, con aquella literatura continental y aquel toque distinto en todo, algo que no podía expresarse con palabras, las cosas eran muy diferentes. Soames se acordó de la multitud en la noche de Mafeking y de George Forsyte, cuando dijo: «Todos son radicales y socialistas. Quieren nuestros bienes». Al igual que James, Soames no sabía, no tenía ni idea de qué pasaría con Eduardo en el trono. ¡Ya nunca volverían a estar tan seguros como bajo el gobierno de la querida reina Victoria! Oprimió convulsivamente el brazo de su joven esposa. En cualquier caso, allí tenía algo que era suyo en esencia y que aportaba seguridad a su hogar; algo que hacía a la propiedad digna de poseerse, que la volvía real una vez más. Apretado contra Annette y procurando mantener apartados a los demás, Soames se sentía satisfecho. La gente se movía como una marejada en torno a ellos, comía bocadillos y dejaba caer las migas al suelo, los chicos que habían trepado a los plátanos charlaban entre las ramas como monos y se lanzaban ramitas y mondas de naranja. Ya había pasado la hora señalada. ¡No tardarían en llegar! De pronto, un poco por detrás de ellos y a la izquierda, Soames vio un hombre alto, con sombrero de fieltro y barba canosa, y a una mujer alta, con un sombrero de piel redondo y un velo. ¡Eran Jolyon e Irene, que charlaban y se sonreían, muy apretados el uno contra el otro, como Annette y él! No lo habían visto y, con un sentimiento muy extraño en el corazón, Soames los observó sin que se dieran cuenta.

¡Parecían felices! ¿Por qué estaban allí aquellas criaturas inherentemente ilícitas y rebeldes contra el ideal victoriano? ¿Qué tenían que hacer entre aquella multitud? La moral los había desterrado dos veces a cada uno por jactarse de su amor y su laxitud. Los observó fascinado, admitiendo a regañadientes, aun con Annette del brazo, que... que ella... Irene... ¡No! No lo admitiría. Apartó la mirada. ¡No los vería, ni permitiría que volviera a despertarse en él la antigua amargura, el antiguo anhelo! En ese momento Annette se volvió hacia él y dijo:

—Esas dos personas te conocen, Soames. Estoy segura. ¿Quiénes son?

Soames miró de reojo.

—¿Qué personas?

—Ahí detrás. Los que se están dando la vuelta. Te conocen.

—No —respondió Soames—. Estás equivocada, querida.

—¡Qué guapa es! ¡Y cómo anda! *Elle est très distinguée*.

Soames miró entonces. Irene había entrado y salido de su vida caminando de aquel modo: meciéndose erguida, remota, inaprensible, siempre eludiendo el contacto con su alma. Soames le dio la espalda a aquella imagen del pasado que se desvanecía.

—Será mejor que prestes atención —dijo—. ¡Ya viene el cortejo!

Pero, aferrado al brazo de Annette, aparentemente concentrado en la cabecera de la procesión, Soames temblaba al pensar que siempre se perdía algo y lamentaba instintivamente no poseer a las dos.

Desfilaron lentamente la banda de música y la impresionante comitiva fúnebre, hasta que, en silencio, la larga hilera del cortejo cruzó las puertas del parque. Soames oyó murmurar a Annette: «¡Qué triste y hermoso es esto!», sintió la presión de su mano cuando se puso de puntillas y se dejó embargar por la emoción de la multitud. ¡Allí estaba! ¡El féretro de la reina, el ataúd de la época, que se iba lentamente! Y, a su paso, un sordo gemido iba surgiendo de la larga hilera de espectadores, un sonido que Soames nunca había oído, tan inconsciente, primitivo, profundo y salvaje que ni él ni ningún otro de los presentes sabían si habían ayudado a proferirlo. ¡Era un sonido muy extraño! El homenaje de una época a su propia muerte. ¡Ah! ¡Ah! Ya no tenía cómo agarrarse a la vida. ¡Lo que parecía eterno había desaparecido! La reina... ¡Dios la bendiga!

Aquel gemido avanzaba con el féretro, como avanza el fuego sobre la hierba, marcaba el paso y desfilaba entre la densa multitud, milla tras milla. Era un sonido humano e inhumano a la vez, provocado por el subconsciente animal, por el íntimo conocimiento de la muerte y transformación universales. Ninguno de nosotros, ninguno, vivirá eternamente.